

# LAS CITAS SÁLMICAS EN EL CAPÍTULO VII° DE LA *REGLA* DE SAN BENITO<sup>1</sup>

Étienne Reynaud, OSB<sup>2</sup>

Desde los comienzos del monacato el Salterio ha tenido en la vida de los solitarios un lugar de primer orden. En el combate de la oración incesante, de la lucha contra los pensamientos y contra las tentaciones, los monjes se han valido de los salmos sin cesar, ya sea repitiendo incansablemente el mismo versículo sálmico, como *abba* Lucius: «Tomo asiento con Dios, mientras mojo los juncos y tejo las cuerdas, diciendo: “Ten piedad de mí, oh Dios, según tu gran misericordia”»<sup>3</sup>; ya sea recitando el Salterio en su totalidad cada día, como lo recuerda la *Regla* de san Benito en el capítulo 18. Puede decirse que hay entre el monje y el Salterio una relación totalmente original, pues este libro de la Biblia no es sólo para él un libro de oración; el monje, no sólo reza los salmos sino que tiene la experiencia de lo que ellos dicen. Casiano traduce esta experiencia espiritual común a toda la tradición monástica cuando escribe en su décima conferencia: “[No son las palabras de la Escritura las que nos revelan las verdades que expresan, sino] la experiencia que de ellas hayamos hecho. Compenetrados de los mismos sentimientos con los que el salmo ha sido cantado o compuesto, nos volvemos, por decirlo así, los autores; y anticipamos sus pensamientos, más que seguirlos. [...] Son recuerdos, si así puedo llamarlos, que despiertan en nosotros las sagradas palabras, recuerdos de los asaltos cotidianos que hemos soportado y soportamos aún, de los efectos de la negligencia o de las conquistas de nuestro celo, de los beneficios de la divina Providencia y de los engaños del enemigo. [...] Encontramos todos estos sentimientos expresados en los salmos. [...] [Sus palabras] no tienen el efecto de ser confiadas a nuestra memoria sino que nosotros

---

1 De *Collectanea Cisterciensia* 76 (2014), pp. 16-28. Traducción del texto en francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

2 Monja de la Abadía de Pradines, Francia.

3 *Les apophtegmes des Pères du Désert. Série alphabétique*, trad. J.-C. Guy (*Spiritualité orientale* 1), Abbaye de Bellefontaine, s. d. [1966], p. 162.

las damos a luz desde el fondo de nuestro corazón, como sentimientos naturales y que forman parte de nuestro ser”<sup>4</sup>. El monje no reza el salmo, él es el Salmo. En estas condiciones, no será extraño encontrar en toda la literatura monástica múltiples y constantes referencias al Salterio; se debe a que verdaderamente este libro bíblico forma parte del ser del monje de manera singular. Pero parece que bastante pronto, determinados versículos sálmicos o determinados salmos fueron privilegiados, sea porque expresaban con acierto la actitud de oración más espontánea del corazón del monje: por ejemplo, el “*ten piedad*” del salmo 50 o el “*auxilio*” del salmo 69; sea porque el monje descubría allí una luz para diferentes aspectos de su vida monástica. Frente al combate contra los pensamientos o el ejercicio de la obediencia, encontraba en tal o cual versículo del Salterio una enseñanza, un estímulo, un llamado.

Tomando como punto de partida un texto preciso, el capítulo 7 de la *Regla* de san Benito, puede ser de interés descubrir cómo un autor monástico utiliza el Salterio, cómo la elección que hace –o que recibe de una tradición anterior– de los versículos sálmicos, modela el rostro del monje que pretende formar por medio de su enseñanza. Una lectura, aun superficial de este capítulo 7, basta para revelar la abundancia de las citas sálmicas en este texto clave de la espiritualidad benedictina: san Benito hace referencia veinticuatro veces al Salterio, que cita en ocho oportunidades como “el Profeta”. La primera comunidad cristiana, en efecto, consideró a los salmos como una colección profética y a David como un profeta, de tal manera que para ella, los salmos hablaban de Jesús.

Después del preámbulo, donde el salmo 130 está citado casi íntegramente, se encuentran en:

- el 1º grado (10 citas): Sal 7,10; 93,11; 138,2; 75,11; 17,24; 13,1; 37,10; 13,3; 49,21;
- el 4º grado (4 citas): Sal 26,14; 43,22; 65,10-11; 65,12;
- el 5º grado (3 citas): Sal 36,5; 105,1; 31,5;
- el 6º grado (1 cita): Sal 72,22-23;
- el 7º grado (3 citas): Sal 21,7; 87,16; 118,71;
- el 9º grado (1 cita): Sal 139,12;
- 12º grado (1 cita): Sal 37,7 ó 9.

---

4 JUAN CASIANO, *Conferencias*, 10,11, en *Conférences VIII-XVII (Sources Chrétiennes 54)*, Paris, 1958, pp. 92-93.

Este recurso constante a la Escritura, y sobre todo al Salterio, para ilustrar y justificar cada grado de humildad, es una de las grandes originalidades de la *Regla del Maestro* y de la *Regla* de san Benito en relación con su fuente, los “indicios” de Casiano<sup>5</sup>.

### Preámbulo: la cita del salmo 130

Para comprender cómo la dichosa satisfacción del niño que descansa sobre el seno de su madre, que estamos acostumbrados a encontrar en este salmo, se ha convertido en un castigo –el destete del niño de pecho a quien se le quita violentamente el seno–, es preciso remontarse a la interpretación de la Biblia de los Setenta.

En hebreo, el v. 2 comienza por “*im-lô*”: la expresión introduce ya sea una fórmula de juramento que equivale a una afirmación solemne, aquí en forma negativa: “No, sino que mantengo mi alma serena y silenciosa”, ya sea una fórmula de imprecación: “Si no he tranquilizado mi alma..., que mi suerte sea la del niño de pecho privado de su madre”. Siguiendo la Biblia de los LII, la Vulgata eligió la segunda interpretación. Agustín al comentar este versículo escribe: “Tal como se me presenta, esta frase me parece encerrar una imprecación”<sup>6</sup>.

Que el texto de la *Vulgata*, al traducir literalmente el “*im-lô*” hebreo por “si no” no haya sido muy claro, ¿acaso es lo que deja suponer el modo como la *Regla del Maestro* y la *Regla* de san Benito interrumpen la cita del salmo deslizando entre los versículo 1 y el 2 un “*sed quid* (pero qué ocurrirá si...)?” El salmo citado de este modo contiene una amenaza de castigo que se une con la primera parte del “grito” que abre el capítulo 7: “Todo el que se ensalza será humillado”. Aquí el castigo es visto a partir de la imagen de un destete brutal: de lo que se trata es pues de la relación vital que une al niño de pecho con su madre. Al citar el salmo 130 antes de montar la escala de la humildad, el Maestro y Benito ponen entonces en guardia a sus discípulos contra el riesgo mortal del orgullo: ser separados de la intimidad y de la vida divina.

---

5 JUAN CASIANO, *Instituciones* 4,39. Cf. Adalbert DE VOGÜÉ, *La Règle de Saint Benoît*, t. IV (*Sources Chrétiennes* 184), Paris, 1971, pp. 354-355.

6 San AGUSTÍN, *Enarr. in Ps.* 130,13.

El salmo 130, incluso en su forma imprecavativa, sigue siendo una magnífica apertura al capítulo 7, por una parte al mencionar los dos niveles de la actitud de humildad, el del corazón y el del cuerpo, desarrollados en los diferentes grados: “mi *corazón* no es ambicioso / mis *ojos* no son altaneros”; por otra parte, al proporcionar acerca de la humildad esta imagen tan atrayente del niño sobre el pecho de su madre. Lo que está evocado allí es una actitud de soltura y de abandono, de absoluta dependencia y de total confianza, de intimidad donde se comparte la misma vida por encima de las palabras.

### Primer grado

Contiene el mayor número de citas sálmicas, no menos de diez. Un primer grupo ilustra la certeza que debe tener el monje del primer grado: “Dios, desde lo alto del cielo, lo ve en todo momento”, con una mirada que llega hasta lo íntimo del ser: “*Dios escruta los corazones y los riñones*” (Sal 7,10). “*El Señor conoce los pensamientos de los hombres*” (Sal 93,11). “*De lejos conoces mis pensamientos*” (Sal 138,2). “*El pensamiento del hombre se te hará manifiesto*” (Sal 75,11). La palabra que engancha estas citas es el término “pensamientos”, que vuelve a aparecer cinco veces en un breve párrafo. El término designa en primer lugar no la actividad intelectual, sino esta actividad secreta y profunda de las pasiones múltiples que habitan “el corazón” o “los riñones” del hombre<sup>7</sup>. Estos versículos de los salmos nos remiten al diagnóstico indicado al comienzo del libro del Génesis sobre la situación humana después de la caída. El punto central de este diagnóstico concierne a los pensamientos del corazón: *Yahveh vio que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo* (Gn 6,5). Según Tresmontant, “la originalidad de la psicología bíblica es el considerar los pensamientos como creados por el hombre, engendrados por su libertad, en su corazón. El hombre es creador de sus pensamientos, es el autor responsable de ellos”<sup>8</sup>. El mismo diagnóstico es además indicado por Jesús en el Evangelio: *Es de dentro, del*

---

7 René FEUILLET, art. “Reins”, *Vocabulaire de théologie biblique*, Paris, Cerf, 1981<sup>5</sup>, cols. 1085-1086: “En los riñones, órganos internos, se hacen sentir las reacciones profundas: allí se forman las intenciones ocultas, se alumbran las pasiones violentas. [...] Ordinariamente asociados al corazón, los riñones designan una región que escapa a la mirada del hombre [...] únicamente Dios penetra en el fondo del ser”.

8 Claude TRESMONTANT, *Essai sur la pensée hébraïque*, Paris, Cerf, 1963, p. 119.

*corazón de los hombres, de donde salen los malos pensamientos* (Mc 7,21). Es por eso que la guarda del corazón y el combate contra los pensamientos están entre los temas más constantes del monacato desde sus orígenes. Pero antes de entablar el combate con ellos, el monje debe, por decirlo así, desalojarlos de su escondite. En el primer grado, los expone a la mirada de Dios, con la certeza de que únicamente esta mirada puede tener acceso a la profundidad en que ellos se ocultan. El combate contra los pensamientos se hace por medio de la apertura del corazón al padre espiritual y por medio de una constante vigilancia. Un versículo de un salmo parece haber ilustrado con predilección, para los monjes, el rigor de esta lucha y la vigilancia que supone: el versículo 9 del salmo 136. Incluso Benito hace de él un instrumento del arte espiritual: “Estrellar contra Cristo los malos pensamientos tan pronto como nazcan en el corazón y descubrirlos al padre espiritual” (RB 4,50). La identificación de los pensamientos con los retoños o niños de Babilonia es un tema constante de la literatura ascética y se encuentra ya en Orígenes<sup>9</sup>.

En el primer grado de humildad, a través de las citas sálmicas que se hacen, es menos cuestión de combate de los pensamientos que del acto vigoroso de la fe en la omnipresencia de Dios, por el cual el monje abre el abismo de su corazón a la mirada divina. Como instrumento para ejercer la vigilancia de los pensamientos, san Benito propone la oración incesante de un versículo de un salmo: “*Estaré sin mancha en su presencia, si me mantengo en guardia contra mi iniquidad*” (Sal 17,24). El vocablo hebreo “*tam*” califica al hombre íntegro, el que pertenece enteramente a Dios. Es a esta unidad interior del hombre purificado de sus pasiones hacia donde apunta la vigilancia del “*utilis frater*” sobre sus pensamientos, en el primer grado. La misma no se obtiene ante todo por un esfuerzo de tipo ascético, sino por la oración continua y el acto de la fe en la presencia de Dios, por un consentimiento a vivir bajo su mirada y a dejarse escrutar por Él. Como el salmista del salmo 138, el monje del primer grado pasará entonces del descubrimiento que tal vez hace sufrir, de la mirada de Dios que lo ve “en todo momento y en todo lugar”, a un deseo ardiente de ser visto por Dios hasta en lo íntimo de su ser, para estar “en guardia de los ídolos”.

Siempre en el primer grado, el riesgo que hace correr al monje la adhesión a su propia voluntad, es ilustrado por el versículo 1 del salmo 13 que, según san

---

9 ORÍGENES, *Homélie sur les Nombres* (Sources Chrétiennes 29), Paris, 1951, p. 398 (homilía 20).

Benito, ha sido escrito para los “negligentes”: “Ellos se han corrompido y se han vuelto abominables en sus pasiones”. Es el riesgo de volverse “*nabal*”, insensato, no inteligente ante el proyecto de Dios, por estar completamente encerrado en sí mismo.

Después del combate contra los pensamientos y la voluntad propia, san Benito conduce a su discípulo a exponer a la luz [divina] sus deseos y para eso, lo remite una vez más hacia la fe en la presencia de Dios, citando el salmo 37, versículo 10: “*todos mis deseos están delante de ti*”. El término “*taavah*” designa el buen deseo (Sal 9,17) o el malo (Sal 111,10). Esta bipolaridad del deseo se expresa en la doctrina rabínica de las dos inclinaciones, referidas en Gn 8,21. En la *Regla* se trata claramente de los “deseos de la carne” y, como el caso de los pensamientos, lo esencial es exponerlos a Dios, dejar libremente que la mirada de Dios los alcance.

El último párrafo que concluye el primer grado de humildad hace inclusión con el primero: de nuevo, se trata de Dios que, desde lo alto del cielo, mira al hombre en todo momento y que los ángeles a toda hora, “día y noche”, le informan sus acciones. Esto conduce a un solemne llamado a la vigilancia: “Concluyamos, hermanos, que en toda hora tenemos que estar vigilantes”. El salmo 13 es citado de nuevo en dos oportunidades: el monje del primer grado es invitado a ser un hombre “*que tenga inteligencia y que busque a Dios*” (Sal 13,2); las dos expresiones son casi equivalentes: el “*maskil*” es el hombre que tiene el sentido de Dios, aquel cuyos proyectos coinciden con el plan de Dios. Buscador de Dios es el monje que, con la certeza de la mirada constante de Dios sobre él y que consiente a esa mirada que lo escruta y lo purifica hasta lo más profundo, busca, podríamos decirlo así, ser atravesado por ella. Quizás toda la existencia monástica se mantiene en esta reciprocidad de miradas entre Dios y el monje, “la visión humana de Dios que es como el eco de una visión anterior y fundamental donde el hombre es mirado por Dios”<sup>10</sup>. Sin esta vigilancia constante, el monje corre el riesgo de ser “arrastrado al mal” (Sal 13,3), “extraviado” en el sentido etimológico. Frente a este peligro, san Benito lo pone delante de la perspectiva del juicio, con la ayuda, una vez más, de un versículo sálmico con el cual se concluye todo el primer grado de humildad: “*Esto hiciste y callé*” (Sal 49,21). Este versículo se encuentra en el interior de una requisitoria violenta de Dios mismo contra el

---

10 Hans URS VON BALTHASAR, *La gloire et la croix*, t. I: *Apparition (Théologie 61)*, Paris, Aubier, 1965, pp. 277-278.

“impío”. El salmo 49,5-15.16-22, que se puede relacionar con la escena en díptico del juicio final en san Mateo, está particularmente bien elegido para poner al monje en presencia del juez que manifestará entonces lo que está oculto en el fondo de los corazones.

## Cuarto grado

Contiene cuatro citas sálmicas. Es el grado de la paciencia en la prueba de una obediencia difícil; se trata para el monje de perseverar, de “soportar, sin cansarse ni echarse para atrás”. San Benito toma prestado del final del salmo 26 una fórmula de estímulo frecuente en la Biblia: *Ten ánimo, espera en el Señor*. El verbo hebreo “*qawah*”, uno de los verbos de esperanza, tiene el matiz de espera activa, confiada, inquebrantable; se trata de la “*patientia pauperum*” bíblica, una paciencia de pobre y no de héroe, una paciencia que pone su confianza sólo en Dios y no en sí mismo para poder soportar. La rigidez de la paciencia estoica da lugar aquí a una flexibilidad cada vez mayor, una actitud de “¡tensión-distendida!”. Como el salmista de las *Lamentaciones* que “*espera en silencio la salvación de Dios*” (Lm 3,25), como Judit “*en la espera confiada de la salvación de Dios*” (Jdt 8,17), el monje es un pobre que, en el combate y la prueba, no espera la victoria más que de Dios. Por otra parte, las citas siguientes de los salmos 43 y 65 ponen este grado de humildad en un fuerte contexto pascual. Las imágenes empleadas: “ovejas de matanza”, “plata refinada por el fuego”, pájaros “presa de la red”, evocan todas las situaciones de prueba extrema que conducen a la muerte, pero ya, en la fe y la esperanza (“*et securi de spe*”), esta muerte desemboca en la vida. Es la experiencia propiamente pascual que hace exultar a Pablo en el himno con que termina el capítulo 8 de la Carta a los Romanos. Ya el apóstol había reconocido su propia existencia en el versículo 22 del salmo 43, pero para declararse paradójicamente ¡“*super vencedor gracias a Aquel que nos amó*” (Rm 8,37)!

En el cuarto grado, las imágenes de los salmos 43 y 65 apuntan a asimilar la obediencia monástica con el martirio. Sabemos que es una idea tradicional en la literatura ascética. Que el superior esté en el origen de la gran tribulación del monje del cuarto grado, enfrentado con “órdenes duras y que contrarían”, es precisamente lo que indica la última cita del salmo 65,12, precedida de su exégesis: “Has puesto hombres que cabalgan sobre nuestras cabezas”. Por supuesto, estamos lejos aparentemente del sentido literal de este versículo –se trata sin duda en el

salmo de las huestes del Faraón—, pero tenemos aquí un ejemplo interesante de la libertad de la que hacían uso los antiguos respecto de los textos bíblicos, y tal vez con una pizca de humor descubrieron en este versículo del salmo 65 la prueba de que “debemos vivir bajo un superior”.

La *Regla* de san Benito toma prestado de la *Regla del Maestro* (10,55-58), esta serie de *testimonia*: Sal 43,22 y Sal 65,10-12a<sup>11</sup>. El Maestro utiliza nuevamente estas mismas citas en los versículos 60-66 de su capítulo 7 disponiéndolas según un orden cronológico: en el monasterio, los padres dicen: “*Por tu causa, somos condenados a muerte...*”, después en el juicio dicen al Señor: “*Tú nos has puesto a prueba, oh Dios...*”. El Maestro prolonga su escenario citando el Sal 65,12b; los hermanos dirán después del juicio: “*pasamos por el fuego y por el agua y tú nos has dado respiro*”. Se tiene la impresión de que el Salterio impregna de tal manera el alma del monje que ¡él no puede expresarse más que con la ayuda de versículos sálmicos hasta en el mundo venidero!

## Quinto grado

Este grado que consiste en la humilde confesión al abad de los malos pensamientos y de las faltas cometidas en secreto, es ilustrado por tres citas sálmicas: las tres insisten en el hecho de que esta confesión ante el abad es una confesión ante Dios: “*Manifiesta al Señor tus pasos*” (Sal 36,5), “*Confiesa al Señor*” (Sal 105,1), “*Manifestaré al Señor contra mí mismo mi delito*” (Sal 31,5). Hay que situar el reconocimiento pedido en el marco de esta relación entre el monje y Dios, relación que está basada en la confianza y en la certeza del amor de Dios. Esta relación con Dios hace que el reconocimiento de las faltas y malos pensamientos, sea una decisión libre por parte del pecador. Sobre esta decisión insiste en tres oportunidades el salmista del salmo 31 en el v. 5, a aquel que ha experimentado los efectos terribles del mutismo, del no-reconocimiento de la culpabilidad: *Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; [me] propuse: “Confesaré al Señor mi culpa”*. La respuesta a esta actitud de confianza y de humildad que es el reconocimiento y la confesión, es el perdón por parte de Dios: *y tú perdonaste mi culpa y mi pecado*.

---

11 Adalbert DE VOGÜÉ, *La communauté et l'abbé dans la Règle de Saint Benoît*, Paris, Desclée de Brower, 1960, p. 226.

## Sexto grado

Es ilustrado con ayuda de los versículos 22-23 del salmo 72. El monje declara con el Profeta: “*Fui reducido a la nada sin saber por qué; he venido a ser como un jumento en tu presencia, pero yo siempre estaré contigo*”. ¡Declaración impresionante! El salmista nos comparte aquí en pocas palabras una experiencia espiritual decisiva; la prueba que relata en los veinte versículos primeros del salmo lo ha conducido a una situación extrema: no sabe nada, es una bestia de carga<sup>12</sup>; y sin embargo paradójicamente, la humillación desemboca en la iluminación: “*yo siempre estoy contigo*”. Este “*contigo*” o “*cerca de ti*” se convierte en la expresión característica de la última parte del salmo que permite entrever una intimidad entre el hombre y Dios como raramente ocurre en la Escritura: “*En lo más profundo de la gloria, me agarrarás*”. El monje del sexto grado se reconoce en Behemot<sup>13</sup>, pero es evidente que no es ni “en lo que hay de vil y de bajo”, ni en su indignidad ni en lo pesado de Behemot, donde encuentra su “contentamiento”. Si puede estar “contento”, es porque, como el salmista, ha experimentado que en toda situación, incluso la más extrema, está “con Dios”. De todo lo que hay de vil y de bajo, él puede hacer, en la fe, el lugar de la experiencia pascual. “*Yo estoy siempre contigo*”<sup>14</sup>; volvemos a encontrar en esta admirable exclamación –que es la del Resucitado en la mañana de Pascua: “*Resurrexi et adhuc tecum sum*”, tomada del salmo 138– la intimidad que expresaba el salmo 130 al comienzo del capítulo con la imagen del niño de pecho en el seno de su madre; es precisamente esta intimidad, comunión con la vida misma de Dios recibida gracias a la profundidad de la pobreza más extrema, la que es la fuente del “contentamiento” del monje del sexto grado.

12 En hebreo “*behemot*” designa a la burda bestia de carga, del ganado mayor.

13 La bestia de carga, el buey; véase nota 12 [N.d.T.].

14 Este versículo del salmo 72, parece, ¡ha sido muy querido por los monjes! *Abba* Nestorio interrogado por un Anciano que quería saber cómo había obtenido tanta virtud, da esta respuesta: “Perdóneme Padre, pero cuando entré al monasterio, me dije esto: “El burro y tú, ¡son todo uno! Lo golpean, no dice nada; lo injurian, no responde nada. Haz como él, pues se lee en el salmo: *He llegado a ser como una bestia de carga a tu lado y estoy siempre contigo*” (*Les apophtegmes des Pères du Désert. Série alphabétique*, p. 205).

## Séptimo grado

En profunda relación con el sexto grado, el séptimo grado constituye ciertamente en la escala de humildad una cima, ¡por supuesto, cima de abajamiento! –la palabra clave en ella es “humillarse”, “ser humillado” –, una profundización también, con el paso de “los labios” a “lo íntimo del corazón”. Este grado contiene tres citas sálmicas. Con la cita del salmo 21,7: “*Yo soy un gusano, no un hombre; la vergüenza de la gente, el desprecio del pueblo*” se nos remite al gran Humillado, Jesús en la cruz. Se sabe que el salmo 21 es el salmo más a menudo citado por los evangelistas en los relatos de la Pasión. La cruz, suplicio humillante, constituye la culminación del abajamiento voluntario de Aquel que “de condición divina” se abajó a sí mismo hasta tomar “la condición de esclavo” (cf. Flp 2,6-7).

La cita del salmo 87,16b sigue la Biblia de los LXX: “*Exaltatus sum et humiliatus et confusus*”. Este versículo traducido así utiliza la raíz principal del salmo 87 que es precisamente el verbo “humillar”, “*anah*”, raíz que ya se encuentra en el sobrescrito del salmo: “Para humillarse”, después en los versículos 8b, 10a, 16a. La significación primera y fundamental de “*anah*” sería “doblegarse” o “ser doblegado”. El término “*ani*” designa al hombre encorvado, abajado, incapaz de mantenerse, de resistir, al hombre sin defensa. Se trata menos de una pobreza económica, la de una falta de bienes, que, de una pobreza sociológica, la pobreza del hombre inferior y despreciado.

Es el mismo verbo “*anah*” que volvemos a encontrar en la tercera cita, la del salmo 118,71: “*Bien me está que me hayas humillado / para que aprenda tus mandamientos*”. En los Padres, este versículo es citado tradicionalmente para mostrar el valor pedagógico de las pruebas, lo que es una idea común en todas las sabidurías. Ahora bien el contexto de este séptimo grado orienta justamente ante todo hacia “la locura de la Cruz”. Quizás el mejor comentario de este versículo del salmo 118, a continuación de los versículos de los salmos 21 y 87, es el primer capítulo de la primera Carta a los Corintios. Únicamente “*el lenguaje de la Cruz*” (1Co 1,18) puede aclarar lo que, según la sabiduría humana, es locura en este séptimo grado. Es esta “locura” la que ha sido vivida por todos los verdaderos discípulos de Jesús: “La cruz que desprecias y los ultrajes son para tu alma los remedios para tu orgullo [...]. Persuádetes que todo el que detesta la humillación, detesta la humildad”, enseña Doroteo de Gaza<sup>15</sup>.

---

15 DOROTEO DE GAZA, *Lettres*, 2, § 187, en *Œuvres spirituelles (Sources Chrétiennes 92)*,

En nuestra época, podemos encontrar la misma enseñanza, por ejemplo en dom Helder Câmara, el antiguo obispo de Recife, ilustrada con ejemplos autobiográficos: “El Señor me hizo descubrir que no se llega a la verdadera humildad sin grandes humillaciones, ¡humillaciones de primera!”<sup>16</sup>.

## Noveno grado

La “*taciturnitas*”, “la contención en las palabras” o “el hábito de callarse”, que ha sido el objeto del capítulo 6 de la Regla, constituye también el noveno grado de humildad. San Benito lo fundamenta sobre dos citas escriturísticas: “*En el mucho hablar no falta el pecado*” (Pr 10,19) y «*El charlatán* (literalmente “el deslenguado”) *no se afirma en la tierra*» (Sal 139,12). Es interesante notar que, en este versículo del salmo, “el hombre deslenguado” tiene como paralelo al “hombre violento”: este paralelo se explica, pues en este salmo como en muchos otros, es por medio de la lengua como el mentiroso ejerce su violencia, concepción que volvemos a encontrar en el Nuevo Testamento, pero también en nuestra experiencia cotidiana. Santiago califica a la lengua como “*fuego*” y la menciona como “*llena de un veneno mortal*” (St 3,6-8).

Si la “*taciturnitas*” es un grado de humildad es por el hecho de ser mucho más que un simple dominio de sí totalmente humano –callarse hasta no ser interrogado– o una ascesis con un objetivo puramente moral –el hecho de hablar mucho (*multiloquium*) conduce al pecado–; es un indicio de pacificación interior. El paralelismo del versículo sálmico que acerca el hombre “deslenguado” con el hombre “violento” permite quizás poner en paralelo al hombre “silencioso” con el hombre “de paz”, pacificado y por lo tanto pacífico. Como lo escribía Dom Emmanuel Latteur en un artículo hermoso sobre “El silencio de Cristo y el silencio monástico”, en el noveno grado de humildad «la palabra exterior tan difícil de dominar, nos dice Santiago (St 3,8), está ahora constantemente penetrada por el Verbo interior. [...] No hay ningún lugar, en el monje maravillosamente pacificado, reunificado, para cualquier tendencia a la “discusión”, a la “contestación” [...], o a las disputas inútiles»<sup>17</sup>.

---

Paris, 1963, p. 505.

16 Helder CÂMARA, *Les conversions d'un évêque, entretiens avec José de Broucker*, Paris, Seuil, 1977, p. 102.

17 Emmanuel LATTEUR, “Silence du Christ et silence monastique”, *Collectanea Cisterciensia*

## Duodécimo grado

Después de la cita del salmo 130: “*Mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros*”, san Benito, al montar la escala de la humildad cuyos “dos lados son nuestra alma y nuestro cuerpo” (RB 7,9), pretende hacer de su discípulo un hombre humilde de corazón y de cuerpo.

El séptimo grado invitaba al monje a proclamarse el último de todos, “no solamente con los labios” sino también a creerlo “en lo íntimo del corazón”. El duodécimo grado propone la actividad inversa: el monje que ha llegado a ser verdaderamente humilde de corazón, debe manifestar esta humildad “en su cuerpo”, teniendo “siempre la cabeza inclinada, los ojos fijos en la tierra”. Es la actitud del publicano del Evangelio que, consciente de su pecado, “no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos hacia el cielo”, mientras que el fariseo rezaba con “la cabeza alta” (Lc 18,11-13).

La oración que el monje del duodécimo grado dice sin cesar en su corazón con “los ojos fijos en la tierra”, es tomada prestada del salmo 37,9: “*Estoy encorvado y totalmente humillado (quebrantado)*”. “Quebrantado totalmente” así está precisamente este salmista que tantos rasgos acercan al Siervo de Isaías 53. Entre otros puntos de contacto entre los dos textos, encontramos el verbo “*daqah*”. Este verbo significa “quebrar - ser quebrantado, abatido, humillado”. El Siervo “*es quebrantado por nuestras iniquidades*” (Is 53,5); “*Dios quiso quebrantarlo con dolencias*” (Is 53,10). Esta raíz es empleada en una expresión que se encuentra en varias oportunidades en los salmos y en Isaías: “*los quebrantos del corazón*” (Sal 33,19; Sal 50,19; Sal 147,2.3; Is 57,15; Is 66,2). Todos estos textos nos dicen que tales hombres “con el corazón quebrantado” atraen la mirada de Dios, su misericordia y su salvación; “*aquel sobre el que fijo los ojos es el pobre y el de espíritu quebrantado*” (Is 66,2). El monje del grado duodécimo que ha llegado a la conciencia de su situación de pecador, es precisamente este pobre “encorvado y quebrantado” sobre el que Dios fija su mirada, para levantarlo, curarlo, colmarlo, “exaltarlo”.

De manera que el recorrido de los doce grados de humildad desemboca en un “hombre quebrantado”, pero para que esté dispuesto a ser alcanzado por

la acción transformante del Espíritu, como lo promete el final del capítulo. Es precisamente a este “quebrantamiento” a lo que está ordenada toda la ascesis monástica: pensemos en el final de la carta de Macario al describir las diferentes etapas de la vida espiritual: «Cuando el corazón del monje está como “marchito”, entonces Dios amigo de los hombres envía en él una fuerza santa. Le da firmeza sometiendo su corazón, su alma y su cuerpo al yugo del Paráclito»<sup>18</sup>.

Al terminar esta lectura, el “salterio del capítulo 7 de la Regla” se presenta con una gran riqueza y profundamente revelador de la identidad monástica. El rostro que se dibuja a través de las múltiples facetas ofrecidas por los salmos, es, me parece, el del hombre de las Bienaventuranzas. El monje, a todo lo largo de esta escala que sube por el llamado de Dios, busca identificarse con los que Jesús ha proclamado “felices”:

- los pobres: bestia de carga / gusano (6° y 7° grados);
- los puros de corazón: el hombre íntegro cuyos corazón y riñones han sido traspasados por la mirada de Dios (1° grado);
- los perseguidos: oveja de matanza, plata acrisolada con el fuego, pájaro preso en la red (4° grado)

Esta lista de privilegiados del Reino dada por el Sermón de la montaña se concretiza en el Evangelio en tres grupos de personas hacia las cuales Jesús manifiesta una predilección que a menudo escandaliza: los pobres –proclama que el Reino es de ellos–; los niños –los deja aproximarse a Él–; los pecadores –come con ellos y declara que ha venido para ellos y no para los justos–.

Ahora bien, es impresionante constatar que las citas sálmicas del capítulo 7 nos ofrecen estas tres categorías: el capítulo se abre con el niño de pecho del salmo 130 y se acaba en el grado duodécimo con la imagen del publicano “que repite en su corazón” el versículo del salmo 37. Vemos a través de esto qué profunda afinidad existe entre la oración del salmista y el mensaje evangélico. Si los pobres, los niños, los pecadores son los privilegiados del Reino, es porque son ellos los que atraen prioritariamente la mirada de Jesús; pensemos, por ejemplo, en la escena de la viuda pobre que pone sus dos monedas en el tesoro del Templo, o en el buen ladrón. El deseo del monje al subir la escala de la humildad, es

---

18 “Carta de san Macario, monje, a sus hijos”, n° 11, en *Lettres des Pères du désert (Spiritualité orientale 42)*, Abbaye de Bellefontaine, 1985, pp. 76-77.

precisamente llegar a ser este “niño de pecho”, esta “viuda pobre”, este “buen ladrón”, un hombre con corazón manso y humilde donde pueda ejercerse la infinita misericordia de Dios. ¿Acaso no es la experiencia insuperable del salmista del salmo 72: “*Behemot... yo estoy contigo*”?

La riqueza simbólica de las imágenes del Salterio en el cual el cuerpo situado en el mundo es el primer lenguaje de la oración, me parece que sirve inmejorablemente para la intención profunda de san Benito en este capítulo. Él quiere hacer de su discípulo un hombre humilde de corazón y de cuerpo. Desde ese ángulo, el duodécimo grado, preparado por los grados noveno, décimo y undécimo, ¡es elocuente! En la cima de la escala, lo que se pide al monje es que “cuando esté sentado, caminando o de pie, tenga siempre la cabeza inclinada y los ojos bajos”. Que se esté entonces en el duodécimo grado dice suficientemente que no se trata aquí de una conducta puramente exterior e hipócrita, sino precisamente de una manifestación hasta en el cuerpo –la voz, la manera de hablar, de reír, de conducirse, etc.– de la profunda actitud de humildad de corazón. Hay entonces un ajuste perfecto entre lo interior y lo exterior, una correspondencia entre “justicia de corazón” y “justeza del cuerpo”, hay transparencia, transfiguración. Silvano lo ha expresado magníficamente: “Nada es más grande que alcanzar la humildad de Cristo. El humilde vive deslumbrado y contento; todo es bueno para su corazón. Únicamente los humildes ven al Señor en su Espíritu. La humildad es la luz en la que vemos a Dios que es la luz”<sup>19</sup>.

*Abbaye de Pradines*  
*F – 42630 PRADINES*  
*FRANCIA*

---

19 SILVANO DEL MONTE ATHOS, *Écrits spirituels (Spiritualité orientale 5)*, Abbaye de Bellefontaine, 1970, p. 31.